

Don goyo y la mujer dormida-Mario Carvajal de la Fuente

Mario Carvajal de la Fuente

Image not found.

Capítulo 1

Con el infierno detrás y el paraíso prometido por delante.

Popocatépetl caminaba a través de la jungla. La sangre resbalaba por espalda y brazos, dejando tras de sí un rastro de muerte y sacrificio. Las bestias carroñeras lo seguían a distancia, con pasos suaves. Sus ojos rojos, deseosos de carne, se asomaban de entre la maleza, esperando el momento de extirpar el pellejo de sus huesos. El hombre sabía que estaban ahí, pero no le importaban. Huiría de ellos, como lo hizo horas antes. El enemigo los pasaba en número, una masacre segura, pero al coraje no le importan esas cosas. Los ejércitos frente a frente. Cuando la señal se dio, los guerreros de ambas partes corrieron apretando las afiladas lanzas; los arqueros cubrieron el cielo con flechas. Los líderes masacraban y sus soldados gritaban eufóricos detrás de ellos. No era lugar para cobardes. Popocatépetl luchaba feroz, el mejor guerrero, no había hombre que no se estremeciera al escuchar su nombre en todo el reino. Sus hazañas eran legendarias, pero el número de los contrincantes no decencia, aparecían más y más, de todas partes. Imparables. Su número se redujo a treinta unidades contra un millar de hombres. Fue una masacre, los soldados caían uno a uno. Los cortes y golpes que recibió fueron incontables. Su cuerpo no respondía a los múltiples ataques, su rostro hinchado y desgarrado quedó irreconocible, pero sus ojos aun brillaban. Unos ojos deseosos por vivir, por cumplir la promesa imposible. Unos ojos tocados por el hechizo del amor. Y cuando hay amor, no hay nada más. Así que hizo lo que nunca creyó capaz, escurrirse. Dejando a los hombres que pelearon por él, a sus amigos, a sus hermanos. Un cobarde, el mayor de todos. Se alejó sin más. Ocultándose bajo las sombras de la selva.

Vago por una semana. La sangre había secado, su rostro comenzaba a parecerse al que alguna vez fue, las heridas cicatrizaban. Las bestias se aburrían de esperar y se alejaron. No comió ni bebió, solo camino. Camino a ella. Las gigantes puertas bañadas de oro se abrieron a su llegada, la gente volteó a verlo con asombro. Los guardias fueron en su auxilio, las personas alrededor fueron a recibirlo con aplausos y ovaciones. Todos querían estrechar la mano del superviviente de la gran batalla. Pero él estaba sordo, no escuchaba los aplausos, ni olía su hedor a cobarde. Solo tenía sentidos para ella, su amor, Iztaccíhuatl. Ignoro todo y con lo que le quedaba de energía corrió a buscarla, pero no la encontró. Fue con el emperador y pregunto por el paradero de ella. Este negó con la cabeza y le pregunto cómo salió con vida de tal encuentro. Popocatépetl respondió que no habría regresado de no ser por la promesa. Si regresaba con vida, el emperador le concedería la mano de Iztaccíhuatl. El emperador finalmente dijo que cuando las noticias de la batalla y su muerte llegaron al reino. Iztaccíhuatl se ofreció a ser sacrificada a los dioses para la buena cosecha, había perdido el deseo de vivir.

Popocatépetl, con el alma destrozada, pregunto cuándo fue el sacrificio. Ahora mismo, dijo el emperador, con un esbozo de sonrisa dibujaba en los labios. Nuestro enamorado salió hecho un rayo.

Cuando por fin llego, el verdugo sostenía un mazo con dientes afilados sobre ella. Iztaccíhuatl, resignada a vivir, rezaba a los dioses para poder encontrarse con Popocatépetl en el otro mundo. Cuando tras los ruidos de la gente que aclamaban su muerte, escucho los gritos de su fiel amante. Se levantó y lo vio, abriéndose paso a golpes entre la muchedumbre y guardias. Cuando acabo con el último, salto a la tarima donde estaba ella y el verdugo. Este sostenía el mazo en lo alto, Iztaccíhuatl trato de escapar, pero el hombre la empujo de vuelta y dejo caer el mazo. Popocatépetl vio como las manos del verdugo bajaban. No pudo hacer nada. Vio el mazo atravesar y machacar el cuerpo de su amante. Se acercó a ella, con lágrimas de furia y tristeza. La abrazo, y para su sorpresa, seguía viva, en sus últimos momentos. Acercó su cara a su oreja y le susurro: "Duerme bien, amor. Sueña con nosotros". A lo que ella respondió: "Lo hare, amor. Por siempre junto a ti". Popocatépetl la abrazo y se quedó junto a ella hasta que sus heridas y el hambre lo acabaron. Y así pasaron los años, y con ellos su amor. Cubiertos por el blanco manto de los dioses, pertenecientes a la tierra. Ella durmió eternamente, y el la protegía con furia ciega, alejando a cualquiera que quisiera arrebatarla.